

EL DESARROLLO ARQUEOLOGICO DEL ANTIGUO PROXIMO ORIENTE: SU CONCEPCION OCCIDENTAL Y SUS REPERCUSIONES EN LOS PROBLEMAS ACTUALES.

BENJAMÍN TORO ICAZA*

Antes de comenzar mi artículo, deseo hacer algunos reconocimientos: para empezar, valorar el aporte que esta revista esta abriendo a las nuevas generaciones de futuros historiadores chilenos. Según he podido descubrir, uno de sus objetivos principales -aunque no el único- es abrir las investigaciones centradas en la Historia regional y, específicamente, la perteneciente a la ciudad de Viña del Mar; favoreciendo, de esta manera las investigaciones ajenas a nuestro centralismo histórico. Quizás, el objetivo de conocer estas nuevas temáticas, me motivó a escribir un artículo de mi especialidad, la Historia Antigua, pero enfocada desde un punto de vista ajeno a nuestro “centralismo” cultural: el Occidente europeo. En otras palabras, ver la “otra cara” de la Historia Antigua -la Oriental- destacando ciertas repercusiones que su desarrollo arqueológico ha dado a los problemas actuales.

I. El problema de la noción de Oriente.

Tradicionalmente, la concepción de “Oriente” ha estado centrada en todo lo que -escapaba en la Antigüedad, al menos- al control directo de Europa, es decir, toda Asia y norte de África. Investigadores, como Edward Said, han considerado que el “Oriente”, en realidad, ha sido una invención del mismo Occidente desde los tiempos más antiguos, siendo representado como un lugar exótico, extraño y remoto, que ha adquirido una forma determinada bajo los conceptos o términos que el Occidente le ha impuesto; puesto que ha sido el Oriente el que ha ayudado a definir al Occidente propiamente tal. Con ello, olvidaron que el Oriente no constituye solamente el territorio adyacente a Europa, sino que también la principal fuente de su civilización, su lenguaje y su propia identificación (escritura, urbanidad, política, matemáticas, filosofía, etc.).¹

Ahora bien, Said considera que esta distinción entre lo familiar y lo extraño, se formó también en los tiempos más antiguos y se ha desarrollado hasta el presente. Es tan remota como la distinción que hacían los antiguos griegos entre ellos y los “bárbaros”: las obras de Heródoto destacaban esta separación, lo mismo que ciertas obras clásicas como la de Esquilo, **Los Persas**, y de Eurípides, **Las Bacantes**. No en vano,

* Licenciado en Historia, Universidad de Chile, Master © en Arqueología, Universidad Hebrea de Jerusalem, Profesor de Historia Antigua del Próximo Oriente, Universidad de Chile.

1. Edward SAID, *Orientalism, Western Conceptions of the Orient*, Penguin Books, London, 1995.

desde que los griegos derrotaron a los persas en las Guerras Médicas, se forjó una mentalidad que halló acogida en la fantasía occidental de Esquilo: Europa, poderosa y articulada; Asia, decadente y alejada.

Esta situación se fue consolidando, primero, con el advenimiento de la cultura grecorromana y, después, con la cristiana. Por ello, cuando surgió el Islam desde el Oriente, fue considerado como una mera versión fraudulenta nacida del Cristianismo, pero cuya expansión territorial y militar constituía un verdadero terror que amenazaba con destruir a cada rato la civilización occidental, no importando mucho si se trataba de musulmanes, árabes o turcos. Dicha mentalidad fue desarrollada e incrementada por muchos cristianos occidentales durante la Edad Media europea y en otras épocas posteriores, por medio de la poesía (*La Chanson de Roland*, *La Divina Comedia*, entre otros), las controversias y la superstición popular.²

En otras palabras, se estableció una visión política cuya estructura promovió la diferencia entre lo familiar (Europa, el Occidente, “nosotros”) y lo extraño (Asia, Oriente, “ellos”). Esta visión creó los dos mundos concebidos: los orientales vivían en su mundo, “nosotros” vivimos en el nuestro. Adicionalmente, el examen de las cosas orientales estuvo basado en ideas generales referidas a lo que era o **debía ser** un oriental. Ese mismo conocimiento occidental de las cosas era lo que le confería **autoridad** a una nación europea para, posteriormente, llegar a intervenir y controlar los territorios de ultramar y, específicamente, al Próximo Oriente.

El principio aplicado podía resumirse en la siguiente premisa: tener conocimiento de tal cosa es dominarla o tener autoridad sobre ella. En dicho sentido, la autoridad radicaba en que “nosotros” (los occidentales) negamos la autonomía de “ellos” (los orientales) por cuanto ellos existen, en un sentido, **como** nosotros los conocemos. Así, bajo este principio, se fue fomentando la relación entre Oriente y Occidente como una relación de poder, dominación y diversos grados de hegemonía. También nació el sentir de una identidad europea superior en con otras culturas no europeas. Todo lo cual constituyó un factor más en la formación de las ideas occidentales sobre Oriente, reiterando dicha superioridad, en desmedro de cualquier otra visión existente relativa a este tema.

2. SAID, *op. cit.*, p. 56-62.

Dichos conceptos han terminado por forjar un verdadero discurso que Said denomina **Orientalismo**. El **Orientalismo** viene a representar un discurso cultural e ideológico saturado con un lenguaje más bien colonialista, heredado de la expansión europea del siglo XIX y comienzos del XX. Dicho discurso sólo refleja la visión común de Oriente como el lugar donde provinieron las más grandes colonias de Occidente, acorde a la experiencia europea. En ese sentido, el Oriente ha pasado a convertirse en una parte integral de la civilización y cultura material de Europa. Por otra parte, desde un punto de vista académico, el **Orientalismo** ha sido empleado como un estilo de pensamiento basado en una distinción epistemológica entre el “Oriente” y el “Occidente”.

Con otras palabras, el discurso académico del **Orientalismo** dependió de una estrategia basada en una superioridad de posiciones, el cual colocó al occidental arriba cada vez que se relacionó con el oriental. En dicho sentido, el arqueólogo, el científico, el misionero, el comerciante o el soldado colonialista estaba en el Próximo Oriente porque él **podía estar allí**. A través de dicha visión, un gran número de escritos, teorías políticas, novelas, etc. han aceptado esta distinción básica entre el Este y el Oeste como el punto de partida para sus elaboradas teorías y descripciones sociales concernientes al Oriente, a su pueblo, mentalidad y destino.

Por ello, el Oriente se ha convertido en una idea que tiene una Historia y una tradición de pensamiento, imaginación, realidad y presencia **por y para** Occidente. Así, bajo el título general de conocimiento del Próximo Oriente -y bajo la sombra de la hegemonía colonialista europea del siglo pasado- emergió un complejo oriental adecuado sólo para el estudio académico en universidades europeas, para su muestra en museos, para la ilustración teórica en temas antropológicos, biológicos, lingüistas, raciales, instancias económicas, teorías de desarrollo social, carácter religioso, etc. Dichas visiones, y sus correspondientes prejuicios, recogieron principalmente la herencia dejada por Francia y Gran Bretaña en dichas áreas, la cual fue posteriormente expandida por todo el mundo. De esta manera, las naciones como Gran Bretaña, Francia y Alemania terminaron apropiándose del pasado de la región y, especialmente, de la visión global de la Antigüedad.³

3. SAID, *op. cit.*, p. 8, 32.

2. Los fundamentos de la Arqueología en el Próximo Oriente.

El nacimiento de la Arqueología como disciplina surgió en Europa en el siglo XVIII. Ella fue fruto del deseo de adquirir obras de arte por parte de ciertas clases altas. Dicho gusto de **anticuario** guardaba relación con el profundo interés por las antigüedades de Grecia y Roma. La razón de tal interés fue inspirado por una creencia muy específica: ambas civilizaciones eran consideradas como precursoras de los modernos estados europeos y como la cuna de nuestra cultura. De allí la importancia que sus cánones de arte y literatura tuvo para los períodos posteriores de la cultura europea desde la Edad Media: colecciones de arte, reedición de obras literarias, estudios de lenguas clásicas, descubrimiento y estudio de ciudades como Pompeya y Herculano, resurrección de los Juegos Olímpicos en 1896, etc.

Por otra parte, la relevancia de la Arqueología para el conocimiento del Próximo Oriente es conocida por la gran mayoría de nosotros. Sin embargo, muchos ignoran cuáles fueron sus verdaderas raíces: tanto los orígenes de la Arqueología como los de la Antropología estuvieron arraigados dentro de los sentimientos del intenso nacionalismo y del agresivo colonialismo occidental que hemos descrito. Además, es evidente que la elaboración de las primeras interpretaciones de la Historia Antigua de los pueblos del Próximo Oriente, del Mediterráneo Oriental y de su Arqueología, fueron influenciadas por las relaciones comerciales y políticas establecidas en el siglo XIX en la zona.

Ambos sentimientos, a su vez, se arraigaron dentro de la tradición intelectual europea. Es decir, mientras el nacionalismo y la formación del imperio actuaron como la **criada** de la Antropología, el colonialismo desempeñó las tareas de **partera** para la Arqueología. En dicho sentido, los antropólogos sirvieron, dentro de la administración de gobiernos coloniales, en orden a **lograr** un entendimiento de la cultura que gobernaban. Los arqueólogos, por otra parte, fueron responsables de **ofrecer** un entendimiento de dicho pasado. Inicialmente, la gestión arqueológica envolvió también un compromiso sostenido con los intereses del anticuario, semejante al desarrollado en Europa, en el siglo XVIII: una empresa elitista que buscaba reunir lo antiguo y lo exótico para posteriormente ofrecerlos a coleccionistas privados y museos.⁴

4. Carl C. LAMBERG-KARLOVSKY, *Beyond the Tigris and Euphrates. Bronze Age Civilizations*, Ben Gurion University Press, Jerusalem, 1996, p. 12.

Ejemplo práctico de lo anterior reside en el redescubrimiento del Antiguo Egipto con la expedición de Napoleón Bonaparte, en el año 1798. Además de los alcances militares y estratégicos de la expedición, Bonaparte incluyó otros objetivos: la expedición napoleónica trajo miles de toneladas de material arqueológico egipcio, es decir, estatuas monumentales, pórticos, metales, cerámicas, etc. La razón de dicho actuar guardaba relación con enlazar la moderna ciudad imperial con los vestigios de las grandes civilizaciones de Oriente: para poder fundamentar el poderío de una nación europea, ya no bastaba con conocer el pasado grecorromano, también había que extraer la “herencia” monumental dejada por las antiguas y poderosas civilizaciones en otras regiones. De esta manera, la moderna nación europea tenía un “antecedente” material que la legitimaba históricamente tanto frente al Oriente como frente al Occidente.

Además Napoleón Bonaparte pretendía sostener las nuevas intenciones republicanas, replanificando la ciudad de París con los monumentos históricos del Antiguo Egipto. Un ejemplo de lo anterior pudo verse, después, con el obelisco del templo de Luxor -ubicada actualmente en la Plaza de la Concorde en París- traída por el rey Luis Felipe. Junto con ello, decretó utilizar la gran casa real del Louvre como museo para guardar las grandes piezas arqueológicas traídas de esas lejanas tierras. De esta manera, el Louvre se convirtió en el primer museo nacional de Europa que exhibía las riquezas de las antigüedades extraídas de otra nación: una vez que este material se adquiría, el poder europeo podía conocer el pasado del lugar para posteriormente **expandir** su dominio en él.⁵

En dicho sentido, la disposición de tiempo y el gusto por las antigüedades motivaron a muchos funcionarios y encargados de negocios europeos a entregar “concesiones” y autorizaciones para iniciar rudimentarias excavaciones en búsqueda de tesoros artísticos para los museos de Europa. En ese aspecto podemos mencionar, desde el punto de vista arqueológico, la “concesión” alemana en Uruk (Iraq) y la francesa en Susa (Irán). Dichas excavaciones proporcionaron una gran cantidad de piezas para museos, como el ya citado Louvre. Otros ejemplos pudieron verse después en las colecciones museísticas del Británico en Londres, el Ashmoleum en Oxford, el Pergamun en Berlín y el Metropolitano de Arte en Nueva York.⁶

5. LAMBERG-KARLOVSKY, *op. cit.*, p. 18-19.

6. Joaquín CORDOVA, “La aventura de la Historia en Oriente”, en *La Aventura de la Historia*, Año I, N° 6, 1999, pp. 60-66.

Así, la actividad “arqueológica” (es decir, excavaciones arqueológicas no dirigidas y saqueo sistemático a conciencia de las autoridades locales) se convirtió en uno de los motivos o excusas para la intervención directa de Francia e Inglaterra en Egipto, Mesopotamia y la Franja siro-palestina. La Compañía de Indias británica y los ministerios correspondientes, por ejemplo, se apresuraron a inaugurar delegaciones y consulados en las capitales más importantes del Oriente bajo administración turca: Aleppo, Damasco, Mosul, Bagdad, Basora y otras ciudades comenzaron a contar con una creciente colonia europea que velaba por los intereses de sus respectivos países.

Ahora bien, la relevancia que tuvieron estas imágenes y restos materiales del pasado fue muy grande, más que nada porque los hallazgos arqueológicos del Próximo Oriente pudieron convertirse en verdaderos estandartes de batalla para las modernas naciones europeas: el estandarte fue presentar una Arqueología de corte “colonialista” que tendió a denigrar el rol histórico de los pueblos aborígenes desplazados. Posteriormente, esta Arqueología “colonialista” fue reemplazada por una Arqueología de corte “imperialista”, la que -así como que en el campo historiográfico- llegó a convertirse en una tradición nacional expansionista, propagada bajo la égida de una potencia económica o militar que se consideraba suficientemente capacitada para entender, por sí sola, todos los mecanismos de cambios históricos globales de dichas regiones.

Cabe destacar que las primeras visiones históricas del Próximo Oriente fueron tratadas como una secuencia de violencias, esplendores, conquistas étnicas y decadencias, hasta que la expansión imperial europea puso orden en la zona. Esta visión no nos debería extrañar por cuanto, desde los comienzos de la exploración arqueológica en estas áreas, los pueblos y las culturas de la región eran vistos como referentes negativos de siglos de visiones y prejuicios europeos nacidos de



ESTELA MESOPOTÁMICA EXIBIDA EN EL MUSEO DEL CAIRO.

REPRESENTACIONES COMO ESTAS FUERON EXTRAÍDAS DE SU PAÍS ORIGINARIO, MESOPOTAMIA, PARA SER TRASLADADAS A LOS MUSEOS EUROPEOS A MEDIADOS DEL SIGLO XIX. FEBRERO 1999.

FOTO DEL AUTOR.

la conquista árabe del siglo VII d. C.: los “sarracenos” son los enemigos naturales de la civilización, los que derrotaron a las fuerzas cristianas, los que representan a los agentes de la “desolación”, los que destruyeron la fertilidad de la zona, los que exterminaron a muchos cristianos, etc. Con otras palabras, existía la creencia implícita de que la población y la cultura del Próximo Oriente pudieron ser esplendorosas en el pasado, pero que cambiaron negativamente con la conquista musulmana, hasta que volvió la beneficiosa influencia civilizadora del Occidente, en los siglos XIX y XX.

Así, la Historia del Próximo Oriente -después de la conquista árabe- fue vista como un período de declinación, más bien fruto de una “mentalidad oriental”, en vez de razones económicas o políticas. Esta situación se manifestó también en la mentalidad académica, por cuanto muchos especialistas, historiadores y arqueólogos veían esta situación como producto de la “superioridad” de un pueblo (el occidental) sobre el otro (el oriental). Esta corriente de pensamiento fue producto de la corriente *darwiniana*, la cual era complementada en términos racionales y científicos, es decir, entendida ahora como el resultado de un mayor desarrollo tecnológico humano. Bajo dichos argumentos, los europeos se consideraron con derecho a asentarse en la región, por su superioridad material y tecnológica, sobre otros pueblos menos “evolucionados”.⁷

La conquista europea de la zona, en resumen, no fue sólo un objetivo *piadoso*, sino que fue entendido como un destino histórico inevitable, reflejado con la victoria europea sobre el decadente imperio turco otomano, a finales de la Gran Guerra. De este modo, los habitantes del Próximo Oriente -cuyo complejo social, económico y político fue ignorado por completo- fueron identificados como meras ilustraciones de los tiempos antiguos. En el peor de los casos, ellos fueron la *razón* de la desolación de sus países: los beduinos eran los enemigos de la agricultura; los judíos y las iglesias cristianas ortodoxas de la zona, los enemigos que intrigaban contra la prosperidad general, y los fanáticos musulmanes, el principal obstáculo contra la pluralidad religiosa.

3. Los nuevos conflictos de la Arqueología.

Esta situación se mantuvo hasta el declive de los imperios europeos y el nacimiento de una nueva e incipiente Arqueología “local” entre las nuevas naciones del Próximo Oriente. Esta nueva escuela de Arqueología continuó influenciada por los

7. Neil Asher SILBERMAN, “Desolation and Restoration: The Impact of the Biblical Concept on Near Eastern Archaeology”, en *Biblical Archaeologist*, June, 1991, pp. 76-87.

cánones y principios occidentales, pero tuvo otros objetivos: ella buscaba principalmente rescatar el pasado histórico de cada una de las nuevas naciones, por cuanto ellas eran las **verdaderas** herederas. Así, la Arqueología se convirtió en el principal instrumento para **rescatar** el pasado histórico de cada uno de estos nuevos estados del Próximo Oriente y, de esta manera, poder crear una “Edad de Oro” dentro de su Historia nacional. La razón principal de dicha actitud fue cambiar -al menos en parte- la imagen de “pueblo dominado” que tuvieron en el pasado colonial europeo, por la de un “pueblo elegido” en una “Época Dorada” que dichas naciones trataban de resaltar para identificarse con ella. Es decir, buscaban una forma de rescatar su pasado mediante versiones propias de una época gloriosa específica.

Su eje central se colocó en la secuencia **Antigua Gloria/ Desolación/ Moderno Renacimiento**, destacándose como un factor que ha entregado a la Arqueología del Próximo Oriente su gran poder emocional y político, en los últimos años. En este sentido, la lista de “pueblos elegidos” y de “épocas doradas” puede ser extendida a cada nación del Próximo Oriente y del Mediterráneo Oriental. Sin embargo, la identificación y restauración de las “épocas doradas” y la selección de los “pueblos elegidos” desacreditó implícitamente, en su Historia, a todos los pueblos que **no** fueron elegidos. También requirió que de su “Edad de Oro” fueran eliminados los períodos que eran aborrecidos, devaluados y, sobre todo, arqueológicamente ignorados.

Visto desde esta perspectiva, todas las actuales naciones del Próximo Oriente han tratado de justificar y legitimar su actual posición basándose en la existencia de antiguos estados o culturas con los cuales se han sentido emparentados: el moderno Reino Hachemita, de Jordania, se ha sentido representado por los antiguos beduinos, el reino Nabateo, las urbes romanas y el califato Omeya; Egipto se ha presentado siempre como heredero de los antiguos faraones, especialmente bajo el régimen de Anwar Sadat; al moderno Estado de Israel se emparenta con los antiguos reinos de Judá e Israel; la República Árabe de Yemen ha promovido su parentesco con los antiguos sabeanos; los maronitas del Líbano, con los fenicios; los árabes palestino, con los filisteos; la República Siria ha buscado resaltar su antepasado en la civilización de la ciudad de Ebla; y el propio Saddam Hussein se ha presentado como el sucesor del poderoso Imperio Babilonio y ha manipulado deliberadamente el pasado glorioso de Mesopotamia para justificar la anexión de Kuwait, a fines de 1990.⁸

8. SILBERMAN, *op. cit.*, p. 84.

En realidad, la relación entre Arqueología y nacionalismo no es una idea nueva: el nacionalismo ha influenciado tanto el tipo de preguntas que los arqueólogos han estado deseosos de responder, como también los conjuntos de datos que reunieron. El desarrollo de la Arqueología, como una disciplina científica en esta época, puede ser entendida solamente cuando se la relaciona con la creación de una Historia nacional, es decir, como una Historia dirigida a legitimar la existencia de una nación y, sobre todo, al derecho a constituirse como un estado independiente. Con otras palabras, este nacionalismo influyó notablemente en las posibilidades de conocer la Antigüedad, porque se tendió a utilizar sus monumentos antiguos en un sentido muy cercano al de la instrumentalización -como un objeto definidor de la nacionalidad respectiva- y también al de la identificación de las agrupaciones nacionales con etnias antiguas.

TURISTAS EUROPEOS Y ESTADOUNIDENSES
OBSERVANDO LA IMAGEN DEL DIOS EGIPCIO
ANUBIS, DESCUBIERTA EN LA TUMBA DE
TUTANKAMÓN EN 1923. SU EXHIBICIÓN EN EL
MUSEO DEL CAIRO TAMBIÉN FUE EL RESULTADO
DE SENDOS CONFLICTOS POLÍTICOS DERIVADOS
DEL COLONIALISMO EUROPEO. FEBRERO 1999.
FOTO DEL AUTOR.



De esta manera, bajo el ímpetu del nacionalismo, la Arqueología ha tendido a abandonar un foco primario de la evolución humana para centrarse en la documentación e interpretación del registro arqueológico de pueblos específicos. Por una parte, esta actitud tiene una base legítima que guarda relación con un tipo de Arqueología étnicamente inspirada, que busca rescatar una tradición cultural propia, estimulando las investigaciones del pasado desarrollado por dicha cultura. Sin embargo, la cuestión de fondo radica en los **abusos** que esta relación, entre nacionalismo y Arqueología, ha dejado en la memoria colectiva, con los **problemas** que pueden emerger dentro de tradiciones regionales distintivas asociadas con conceptos de superioridad y, especialmente, con ciertos criterios cuestionables de movimientos políticos o nacionales.⁹

9. Philip L. KOHL y Clare FAWCETT, "Archaeology in the Service of the State: Theoretical Considerations", en el libro de Philip L. KOHL y Clare FAWCETT (ed.), **Nationalism, Politics and the Practice of Archaeology**, Cambridge University Press, Cambridge, 1995, pp. 3-18.

Ello ha sido característico de las grandes dictaduras como la Unión Soviética de Stalin, el Portugal de Salazar, la España de Franco, la Alemania de Hitler, la China de Mao, o la Yugoslavia de Milosevic. En dichos regímenes, la Arqueología desarrollada buscó identificarse con las políticas del Estado, distorsionando sus resultados e interpretaciones para promover las glorias del grupo étnico predominante, o para atacar o agredir a otros de la zona. Con otras palabras, las distorsiones históricas y contemporáneas de la práctica arqueológica ilustran gráficamente cuáles deberían ser los límites de la Arqueología si ésta no desea llegar a convertirse en una mera metáfora de historieta, basada exclusivamente en narraciones nacionalistas poco convincentes.

Un caso aparte, puede verse últimamente en el conflicto árabe-israelí. Allí podemos encontrar que la Arqueología cumple un rol determinante en las decisiones políticas, sea por el resguardo de un sitio histórico o para hacer valer la existencia y los derechos de dos pueblos diferentes. Esto, puede notarse en las disputas surgidas, ahora, por la posesión de la ciudad vieja de Jerusalem: visita de Ariel Sharon a la explanada del templo y declaraciones árabes que consideran el Muro de los Lamentos como propiedad musulmana y en la destrucción de cualquier antigua evidencia material la Tumba de José o la sinagoga de Jericó- que ponga en riesgo o se contradiga a la creencia, ideología política o corriente de pensamiento imperantes en ambos pueblos.

Sin embargo, es justo reconocer que el uso del registro arqueológico, por parte de un discurso nacionalista o “meta-nacionalista”, también puede ser evaluado tanto científica como éticamente. Antes que nada, debemos estar conscientes de que cualquier investigación arqueológica debe tomar en cuenta la perspectiva de reconocer a la humanidad como un ente común y ver su Historia como un relato natural arraigado en su cultura. Como cualquiera forma de Arqueología, una Arqueología responsable de carácter nacionalista rechazará empañar las distinciones entre etnia, lenguaje y cultura, y negará la superioridad o pureza étnica de una cultura por sobre la otra.

Del mismo modo, la futura y difícil tarea de las modernas naciones del Próximo Oriente será entregar una visión responsable de cualquier Arqueología de carácter nacional. De esa manera podrán documentarse las variadas características que tuvieron las diferentes culturas del pasado humano, ubicándolas en un contexto social, económico e histórico y bosquejando su origen y transformación en el tiempo. Dicho de otro modo, detallando cómo cada una de estas antiguas y modernas culturas (judía, musulmana o cristiana) ha contribuido a formar una parte de la tradición y del patrimonio histórico mundial.
